

Nivel 2

Categoría: Cuento

Título de la obra: "Calles de Sol"

Seudónimo: D.T.J.

Texto:

- ¡Señorita! ¡Señorita! ¿Quiere que le cuide el auto?

La chica camina con paso veloz y decidido, sin dignarse a voltear la cabeza.

- ¡Señorita! ¡Señorita! -intenta el hombre una última vez.

La silueta se aleja en el tráfico bañado de hojas de otoño. El hombre hace un gesto con su mano como queriendo decir "ya está".

El sol recién comienza a tocar las ventanas y a soplar con su luz los pasos de la gente. El frío se desprende del suelo, de las paredes, del inmenso trozo de cielo que nos cubre como manto eterno. El calor del suspiro sale de las bocas de quienes tararean canciones viejas para formar nubes que se confunden con el humo y el olor a cigarrillo proveniente de los fumadores de las esquinas de los semáforos.

El hombre se vuelve a sentar en su rincón de siempre, se tapa hasta la cabeza y bosteza. A la exhalación le sigue el aroma a licor barato que usa de jarabe para curar sus penas y que es lo único que le llena el estómago.

Mientras tanto, las ramitas, los papelitos y las hojas desarmadas por las pisadas se van juntando por los trabajadores de la municipalidad, que barren y barren con sus escobillones hechos de hojas de palmera. Barren y barren, entre saludos y

respingos. Barren y barren, entre palabras y pensamientos, entre el ahora y el después.

El hombre se vuelve a levantar. Sus cabellos grasientos le brillan, sus ropas sucias se arrugan al caminar, su sonrisa brusca asusta y sus ojos, sus ojos gritan la verdad.

Tiene al mundo como casa y, aun así...

Las calles le quedan chicas para existir y las veredas cortas para dormir.

La madrugada es larga y él la abraza al ojo abierto, es silenciosa y él la escucha aún dormido, es fría y él la usa como abrigo.

La gente siempre le mira de reojo. Los adolescentes que, aún dormidos, caminan a sus colegios le pasan por al lado como zombis. Algunos se angustian y a los dos metros ya lo han olvidado. Aunque solo algunos. La mayoría ni se inmuta.

El hombre deambula, va a la deriva buscando, tal vez, algo de comida. A veces piensa e imagina que tiene una vida. Que es uno de esos empleados de oficina que van de allí para allá con sus corbatas y libretitas a la vista. A veces imagina, alucina que despierta en una casa de familia. Desearía que sus mayores problemas se redujesen a pagar sus cuentas, a llegar tarde al trabajo, a perder alguna apuesta o pelearse con un amigo, con un familiar.

Él quisiera, pero no puede.

Su estúpida inventiva se va por la acequia, fluye hasta perderse entre el gorgoteo del agua escarchada.

Se oye el sonido de un escape y de un freno apurado. Alguien se estaciona frente a él.

- ¡Señor! ¡Señor! ¿Quiere que le cuide el auto?